

lectura de las dinámicas metropolitanas a través de las prácticas metropolitanas, que buscar presentar todas las situaciones existentes en el planeta.

Los conocimientos acumulados en el campo de la movilidad espacial permiten encarar una verdadera comparación de las relaciones entre varios niveles de intervención dentro del mundo urbano. Por un lado, es posible llevar a cabo una comparación de las relaciones entre las lógicas ciudadinas y las lógicas políticas en diferentes contextos. Por el otro lado esto permite examinar el funcionamiento de las políticas de ofertas de servicios, de vivienda y los intentos de regulación de las prácticas de los habitantes a través de su impacto en las practicas efectivamente analizadas.

La originalidad del trabajo reside en la movilización de investigadores con posturas teóricas y metodológicas muy diversas, alrededor de una guía de análisis común, a veces muy distante de su propio enfoque. Hay que sentirse complacido por haber realizado este difícil ejercicio. La guía propuesta implicaba un doble esfuerzo: analizar la interacción entre práctica y política a través del proceso de movilidad, y leer una metrópoli a partir de esta interacción. Esta forma de trabajar era poco usual para muchos investigadores organizados en equipos pluridisciplinarios. Se observa una mejor preparación para desarrollar todas las dimensiones propuestas: lo anterior explica por qué solo las ciudades de Bogotá, París y Delhi son tratadas en las cuatro partes del libro.

La obra permite al lector contextualizar el análisis y precisar su comprobabilidad: en el anexo se presentan fichas descriptivas de las 19 metrópolis, organizadas según una guía de presentación común.

Ricardo RAMÍREZ SUÁREZ

Chikako YAMAWAKI. *Estrategias de vida de los inmigrantes asiáticos en el Perú*. IEP/JCAS, Lima, 2003, 165p.

Antes de comentar el libro de Chikako Yamawaki *Estrategias de vida de los inmigrantes asiáticos en el Peru* (IEP/JCAS, 2003) es necesario, por razones que serán evidentes luego, situar el tema analizado dentro de su contexto histórico nacional e internacional. El interés por la historia de los inmigrantes asiáticos en el Perú surge después de la Segunda Guerra mundial, al mismo tiempo que se desarrolla una reflexión sobre las condiciones de explotación de los trabajadores en las grandes haciendas de la Sierra y de la Costa (1). Simultáneamente, en Cuba, país en donde la inmigración china tuvo características similares, también se desarrollan investigaciones sobre los "hombres sin historia" destacándose su importancia económica. De manera muy natural se efectuó la transición del estudio de los trabajadores esclavos africanos al estudio de la condición del trabajador chino en las grandes explotaciones agrícolas de la Isla. Los pioneros

(1) Precursores de esta corriente intelectual fueron los trabajos de Dora Mayer (1924) que trataba de revalorizar la imagen del culie vinculándolo con la sofisticada y milenaria cultura china. Para un estudio sobre la historiografía en torno a la inmigración china en el Perú, véase Lausent, 1995.

fueron en Cuba, Juan Pérez de la Riva (2000) y en el Perú, Emilio Choy (1955); seguido por Pablo Macera (1974) bastante inspirado por los trabajos del investigador cubano. Posteriormente, Humberto Rodríguez (1979; 1989) prolongó durante dos décadas esta aproximación.

La atención sobre los inmigrantes japoneses como objeto de investigaciones sociales en el Perú se manifestó mucho más tarde. Cuando Morimoto publicó en 1979 los resultados de su investigación sobre la inmigración japonesa en el Perú, retomó, de cierta manera, la misma trama sobre la cual se había estudiado la inmigración china en el Perú y puede decirse que siguió, en este sentido las líneas trazadas por el importante libro de Watt Stewart (1976).

Los estudios acerca de los chinos del Perú se multiplicaron y se diversificaron en cuanto a las temáticas, mientras que los que se publicaron después de Morimoto y Fukumoto (1997) sobre los japoneses se estancaron (2). Publicado en 1991, *Pasado y Presente de la Comunidad japonesa en el Perú* (Lausent-Herrera) ponía a la luz los entretelones de la inmigración y las presiones ejercidas por las dos partes, Perú y Japón. Se proseguía con un análisis de la reanudación de las relaciones bilaterales y del renacimiento de la comunidad japonesa sobre bases e interacciones con el Japón que parecían haber sufrido muy pocas modificaciones a pesar de las tensiones generadas por el episodio de la guerra. Esta aproximación y más que todo el trabajo hecho a partir de la documentación reservada japonesa-peruana del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores añadió nuevos elementos para el entendimiento de las tentativas de instrumentalización de la inmigración en las negociaciones diplomáticas entre ambos gobiernos. Esta aproximación no correspondió a la interpretación que tenían los estudiosos de origen japonés de su propia comunidad.

Avanzar en el tema de la inmigración asiática, hubiera supuesto por parte de los investigadores, tener la voluntad de ir más allá de una descripción y reflexión sobre las condiciones laborales y abordar otros aspectos de la vida social y política de los inmigrantes.

En su libro *Estrategias de vida de los inmigrantes asiáticos en el Perú*, Chikako Yamawaki tiene en parte esta pretensión. En su introducción, se propone "analizar la sociedad peruana como el espacio en donde se desarrolla un proceso de mestizaje cultural" haciendo resaltar la relación entre chinos y japoneses así como la connotación de los términos, "chino, chinos" tan usados en el hablar peruano. Después de un esbozo de la historia de la inmigración china y japonesa, la autora pinta brevemente en su

(2) Amelia Morimoto y la finada Mary Fukumoto, han producido ellas solas casi todos los trabajos sobre los nikkei en el Perú. Es interesante de ver cómo la misma comunidad a través de la Asociación Peruano Japonesa se ha dado los medios para producir y editar bajo la forma de libros, álbums conmemorativos, folletos informativos, para dotarse de un museo de la inmigración y una página web, a través de los cuales buscan apropiarse de su propia historia. Sus actividades son la prueba de su vitalidad y de la importancia de esta apropiación de su pasado con el fin de reforzar su identidad. Fuera de esta órbita, existe un pequeño grupo de estudiosos Nikkei peruanos quienes, asociados a varios Nikkei oriundos de diferentes países de las Américas, promueven nuevos temas de investigación. Sus proyectos (22 en total por lo pronto), giran en torno de la identidad Nikkei, de la situación de los de kasegui o de la mujer nikkei. Se notará que sólo cuatro de ellos abordan temas históricos de los cuales retendremos "las relaciones México, Japón, Estados Unidos en los años 1930," trabajado por Shigeru Sugiyama.

primera parte (33-62) la sociedad peruana en los treinta primeros años del siglo XX, haciendo resaltar la importancia de las asociaciones de carácter social que la conforman. Se menciona en esta ocasión la capacidad de la comunidad japonesa en organizarse y adaptarse a la modernidad. En las quince páginas siguientes que constituyen su segunda parte, la autora pone énfasis sobre el tema de la famosa comida china-peruana y de su éxito tanto en la sociedad nacional como en la misma colonia japonesa. La tercera parte (89-106) intenta una reflexión sobre "quien es el chino de la esquina", este comerciante muy popular en la sociedad peruana. También se evoca una vez más lo que, según la autora, se tiene que entender con el término "chino". En fin, se alude en pocas palabras, al sentimiento anti asiático que se desarrolló en el Perú durante la primera mitad del siglo XX. La última parte (113-134) es una presentación aproximada de las dos comunidades y de las "relaciones interétnicas" mantenidas por los japoneses y chinos radicados en el Perú durante el largo período del expansionismo japonés; prolonga su observación hasta los años post-guerra. Un breve epílogo trata de relacionar entre ellos los temas mencionados sin que aparezcan las famosas "estrategias de vida" anunciadas en el título.

El libro de Yamawaki trata de ir más allá de esta descripción pero no lo logra por no profundizar su reflexión. Su lectura provoca un gran malestar. Las razones son múltiples y es difícil clasificarlas por orden de prioridad. Antes de detenernos en los detalles del texto es necesario subrayar su gran desconocimiento de la historia peruana y constatar unas omisiones muy graves y reveladoras en cuanto a la historia sino-japonesa. Como detallaremos enseguida, el texto es muy a menudo confuso y lleno de contradicciones, siendo muchas de sus afirmaciones tajantes. El lector advertido lamentará igualmente que el contenido no corresponde con lo anunciado por la autora dejándole así frustrado. No existe relación entre el título y el texto, como tampoco la hay entre lo que se presume es el objeto principal de su trabajo —es decir las relaciones entre las dos comunidades, china y japonesa así como sus estrategias de "vida y de integración"— y la reflexión poco articulada y superficial sobre el tema. Pero, a pesar de sus ambigüedades, hay que reconocerle el mérito de haber iniciado un trabajo comparativo poniendo en relación las dos comunidades. En suma, las fuentes primarias empleadas son escasas y más que todo resalta el mal manejo de los hechos históricos, en general, que no solamente dificulta la lectura sino que también irrita por su falta de dominio en el tema.

El énfasis de Chikako Yamawaki en los aspectos sociológicos va en detrimento de la necesaria perspectiva histórica que hubiera debido impregnar sus análisis. La autora ha adoptado una posición por lo menos ambigua, lúcida y complaciente a la vez, acerca del período expansionista japonés y del papel de la inmigración japonesa durante este período. Una muestra de su lucidez es que en varias oportunidades se muestra crítica hacia los principios de superioridad desarrollados por los militaristas japoneses (22, 86). Igualmente, ella admite implícitamente el carácter dirigido de las migraciones japonesas siendo ellas "*una herramienta para el desarrollo del Imperio*" (18-19).

Sin embargo, en la misma página la autora añade :

"... cuando Japón era el Gran Imperio Japonés (con mayúsculas *sic*), los funcionarios del Estado eran quienes realizaban las principales investigaciones sobre estas personas y el espacio que buscaban para vivir en el mundo, ya sea Norteamérica,

Sudamérica, Taiwan, China Continental, la península coreana o las islas del Pacífico Sur” (p. 18).

Este pasaje merece varios comentarios. En primer lugar, no es correcto asignar el mismo estatuto a los países de destino de la “emigración” japonesa pues no en todos los casos se trataba de una emigración, sino que en varios de ellos se trata simple y llanamente de invasiones, de desplazamiento de tropas y colonos soldados dentro del contexto de la ocupación militar. En segundo lugar, “las investigaciones” y prospecciones de los “espacios en el mundo para vivir” por parte de los “funcionarios” (léase mandos político-militares) no era otra cosa que la planificación de la expansión del Imperio japonés a través de la invasión y la ocupación colonial. En definitiva, de ninguna manera se puede agrupar a la inmigración japonesa hacia Norteamérica y Sudamérica con los desplazamientos de tropas y colonos soldados hacia Corea (1873) o Taiwan (1874), aun cuando también existió una voluntad de dirigir los flujos migratorios civiles hacia otros destinos.

Para asegurar su desarrollo económico y resolver problemas internos, el Japón de Meiji sostendrá en los 20 años siguientes una penetración regular en el continente asiático. Deseoso de tomar el control de la Manchuria, Japón se enfrentó al Imperio ruso en 1894. Su victoria el año siguiente sorprendió y preocupó a las potencias occidentales. El tratado de Shimonoseki (1895) entrega Taiwan al Japón mientras que los colonos-soldados nipones se instalan en la península de Liaodong. A partir de este año los japoneses se convencieron que su expansionismo territorial y la inmigración aliviarían la presión demográfica del archipiélago y les proporcionarían las materias primas y alimentos que tanto necesitaban para su despegue económico. El imperio chino, arcaico y decadente, no supo entender ni afrontar las ambiciones japonesas.

El nacimiento del Guomindang y el advenimiento de la República China (1911) permitió la canalización y la expresión de un nuevo nacionalismo chino. Si el nacionalismo japonés era agresivo, ofensivo —en 1913, sus tropas ocupan Nankin y Hankou, Manchuria, Mongolia y el Fujian— el de los chinos se formó en parte en base a la voluntad de salvaguardar la integridad territorial, de resistir a los perpetuos ataques, al despojo territorial. Pero las divisiones políticas entre los chinos del norte y los del sur, entre los miembros del Guomindang y los del Partido comunista impidieron, hasta muy tarde en 1937, el nacimiento de un frente unido en contra de las repetidas ocupaciones japonesas. El año de 1937 fue uno de los peores. Durante el verano los japoneses tomaron Pekin y la estratégica Tianjin (Tientsin). La reacción y la movilización china por fin se realiza sobre todo el continente y en ultramar, como también lo relatan en el Perú los periódicos chinos y la *Revista Oriental*.

En su capítulo “La guerra en la patria ancestral y el nacionalismo a distancia”, la autora empieza con esta aseveración:

“En 1937, cuando el gobierno del Kuomintang desplegó todas sus fuerzas contra el Japón...” (p.121)

Una vez más aquí surgen dudas acerca de la visión histórica de la autora. El despliegue de las fuerzas del Guomindang no fue sino la respuesta frente a la agresión japonesa ¿Por qué no decir claramente que ese año las tropas japonesas se apoderaron

de Pekín, Tianjín, Koglan y marcharon hacia Hangzhou y Nankín, amenazando también Shanghai? Esta ofensiva japonesa y la que siguió fueron condenadas por la Sociedad de las Naciones. Lo peor ocurrió en diciembre de 1937 con el bombardeo de Nankín durante diez días, la toma de la capital y la masacre que siguió que tuvo como macabro saldo más de 100 000 muertos (3). El lector peruano que poco conoce la historia de los dos países leyendo las primeras líneas de este capítulo creará que el agresor fue China. ¿Por qué esta garrafal omisión en este año tan crucial?

Esta misma visión que busca edulcorar la historia la encontramos también cuando se trata de la comunidad china y de su historia en el territorio peruano, cuando la autora afirma:

“Los hacendados fueron quienes apoyaron la llegada de estos inmigrantes” (p. 33).

En realidad, como lo saben todos los que conocen un mínimo de historia republicana peruana, los hacendados fueron los que organizaron la trata de culis chinos luego de la supresión de la esclavitud, lo que no es lo mismo que “apoyar” la llegada de inmigrantes. No es fruto del azar que la trata de culis fuera iniciada por el hacendado y político Domingo Elías, pues en esa época el poder terrateniente era el sustento del poder político. Basta leer los clásicos y, en particular, la obra *Los chineros en la historia peruana* (1952) de Luis Alberto Sánchez. El término genérico de “inmigrante” es un eufemismo que oculta además la verdadera naturaleza de dichos “inmigrantes”, a quienes en realidad se solía calificar de colonos o culis.

Las condiciones infrahumanas a las que fueron sometidos los culis en las haciendas de la costa han sido ampliamente documentadas por los trabajos de Stewart y los de Rodríguez. La naturaleza jurídica de los inicuos contratos ha sido estudiada por de Trazegnies. Por su parte los trabajos de González (1985) y Méndez (1987) (respecto a los culis en las islas guaneras), por no citar sino los más importantes (no citados en la bibliografía), son muy útiles no sólo para entender lo que fue la época de los culis en el Perú pero sobre todo para entender la organización del trabajo que ella supuso. De la misma manera, la autora escribe:

“Los hacendados guardaban un respeto mínimo por las costumbres de este pueblo, como el hecho que permitiesen la venta del opio” (p.73).

La pretendida magnanimidad de los hacendados que habrían guardado respeto por las costumbres de sus engrilletados trabajadores sólo traducía una estrategia como parte del mecanismo de extracción de un máximo de beneficio con un mínimo de costo y al mismo tiempo reforzaba las asimetrías; de ningún modo constituye un favor que se le haya hecho a los culis. Así lo entendieron los hacendados desde el momento mismo que organizaron la trata. Desde un inicio, el comercio del opio ya estaba estrechamente

(3) Los documentos fílmicos japoneses muestran que muchos de ellos fueron ejecutados. A pesar del despliegue del Guomindang —sin olvidar la resistencia comunista— contra el Japón, la ciudad de Cantón fue ocupada en 1938 así como Hainan y todas las islas de la Mar de China. A pesar de la abrumadora cantidad de fuentes documentales y de los testimonios de sus propios oficiales, todavía existe hoy en día, dentro de la corriente revisionista, japoneses que no reconocen la masacre de Nankín.

vinculado con el del culi. Los hacendados sacaron de inmediato doble provecho del uso del opio; primero porque, a pesar de los inconvenientes de la adicción, permitía largas jornadas de trabajo y, segundo, porque ellos lograron obtener el cuasi monopolio de su comercialización (a pesar de que su consumo, mas no su importación, había sido prohibido). La prueba es que a partir de 1874 (año en que se pone fin a la trata) los chinos, a través de uno de sus comerciantes, protestan y reclaman poder distribuir el opio en las haciendas a sus compatriotas. Los conflictos sobre este tema van creciendo y luego estallan en 1887, a causa del embargo puesto sobre el opio vendido en Supe por la Wing Chong, sucursal de la gran casa limeña Wing On Chong. Diez años más tarde, el gobierno decide tomar el control de su distribución (después de haberla prohibido) promulgando la ley del estanco del opio (4).

De la misma manera, en el texto se atribuye a los culies un grado de libertad que no tuvieron cuando se afirma que:

“pero hubo también quienes se emplearon en la instalación de las líneas férreas, en la extracción del guano” (p. 33).

Si bien es cierto que, en el caso de los trabajos del ferrocarril central no se ha estudiado la naturaleza del vínculo laboral (tipo de contrato y condiciones de trabajo) que ligaba a los chinos con la empresa contratista, en el caso del trabajo en las islas guaneras existe la certidumbre que los chinos desconocían su destino. En efecto, los chinos que fueron conducidos a las islas guaneras no lo escogieron por libre albedrío, como tampoco ofrecieron su fuerza de trabajo con el fin de “emplearse” en dichas labores.

Un conjunto de errores menores dispersos a lo largo del texto se tornan, al acumularse, en tantas muestras de un insuficiente conocimiento de los temas abordados. Sería demasiado engorroso señalarlos todos de modo que sólo comentaremos lo siguiente: el término “amenaza amarilla” o “*peligro amarillo*” (p.106) no ha sido principalmente inspirado por la presencia de los chinos en Estados Unidos y en otras partes del mundo. Esta locución nace en 1895 después de la victoria japonesa sobre el imperio ruso (Guerra de 1894-1895). Los observadores ingleses y franceses así como los americanos que estaban estacionados en el Mar de China, quedaron muy impresionados por la habilidad y la fuerza de las tropas japonesas así como por los logros diplomáticos obtenidos durante el Acuerdo de Shimonoseki. Este mismo año la Dieta japonesa vota a favor de la aplicación de un programa decenal de armamento mientras se desarrolló un nacionalismo militarista y se fueron sentando las bases de una economía de guerra. Estados Unidos, que acababa de anexar la isla de Hawai, sintió la amenaza. Por otro lado y aquí acabarán los comentarios sobre aspectos menores (5), es cierto que la presencia

(4) Existe un extenso documento sobre este tema en la Biblioteca Nacional cuya consulta no permite sostener que el comercio de opio por parte de los hacendados reflejaba un “respeto mínimo por las costumbres del pueblo chino”. Lamentablemente, el trabajo que comentamos no hace uso de fuentes primarias peruanas.

(5) Así, no se puede decir que “Para los Chinos, el Año Nuevo significa ruido de petardos” (p. 74), tampoco se puede afirmar que “comprarle al ‘chino’ implicaba naturalmente tener que pagarle” (p. 103) cuando ha sido todo lo contrario. Por último, otro detalle, no se escribe Chin (p. 114), tampoco Shin (p. 116) sino Qing. Qing fue la última dinastía de China con la que acabaron los chinos nacionalistas y luego, en el exilio, los japoneses.

de más de casi 80 000 chinos en California fue igualmente resentida como una amenaza, pero de otra naturaleza. Los americanos "resolvieron" esta última emitiendo la infame *Exclusion Act* de 1881.

Hace mucha falta, como ya hicimos notar, una reflexión que debería haberse apoyado sobre un buen conocimiento de la historia. Esta ausencia empobrece mucho el contenido de las Partes I y II. Mucho se podía esperar de la Parte I que toca a las formas asociativas y se logra muy poco. El texto se extiende sobre la multiplicación de las sociedades y asociaciones sin que pueda ver adonde conduce esta descripción y qué relaciones hay entre todas ellas. Cuando por fin se llega al caso de las organizaciones japonesas como organizaciones populares étnicas (p. 61-62), el lector se queda con muchas preguntas sin respuesta: ¿cómo se formaron? ¿cuál fue su funcionamiento interno? ¿a qué modernidad se refiere? ¿qué papel tuvieron las mujeres en comparación con el de las peruanas de la misma época o simplemente con el de las mujeres chinas? Los obreros, a los cuales siempre se aluden pero que nunca tienen un papel protagónico, ¿quiénes son, dónde trabajan? ¿qué quiere decir con "promover la niponización de los estratos obreros"? ¿cómo los denominados obreros se situaban políticamente? ¿qué actividades tenían? No se hace referencia al papel de los obreros chinos anarco-sindicalistas de los años 1920 a 1930. ¿Cómo se comportaron los japoneses? ¿en qué medida estas organizaciones son realmente los órganos más apropiados para la inserción de los inmigrantes? ¿dónde estaban localizados los cafés japoneses frecuentados por los obreros industriales? ¿en qué industrias se trabajaba, en ese entonces, bajo el régimen del doble turno? ¿no es azaroso afirmar, sin aportar ningún elemento tendiente a respaldar tal afirmación, que las organizaciones japonesas sirvieron de modelo para las sociedades obreras peruanas (p. 58-95-96)? Si se hubiese logrado comprobar tales datos hubiera sido un avance interesante, el trabajo que comentamos hubiera podido referirse a textos ya publicados como *La cuestión del pan de Luis Tejada y Chinese Migrant networks and Cultural Change, Peru, Chicago, Hawai 1900-1936* de Adam McKeon (2001).

En la Parte III domina el tema de la comunidad china pero muchas veces la aproximación es confusa y los argumentos avanzados se resienten, en esta parte del libro así como en la última, por la falta de referencias al contexto histórico. No se puede hablar de las manifestaciones anti-asiáticas sin hacer mención al régimen de Leguía, a su caída y con ella a la multiplicación de las manifestaciones racistas.

Relacionar las dos comunidades asiáticas del Perú es un buen tema de investigación, muy poco abordado hasta ahora. Este trabajo no logra sus metas, tanto por razones académicas (un plan fragmentado que no desarrolla una idea fuerza, en el que falta una problemática), como por deficiencias de conocimientos históricos. Se afirma que se utilizaron "materiales históricos que han dejado los chinos" (p. 24). Otro resultado difícil de creer pues no sólo no se cita en la bibliografía ningún documento de archivo sino que tampoco han sido incorporados en el texto. Lo único que se menciona como fuentes son algunas publicaciones. No se consultó el *Manshinpo*, no se encontró *La voz de la Colonia*, preciosamente guardado en la Biblioteca Nacional, y se desperdició la oportunidad de haber trabajado los volúmenes de la *Revista Oriental* fundada por Alfredo Chang en 1931 (en respuesta a la agresión japonesa a la China). Estas carencias han empobrecido mucho el trabajo presentado.

A pesar de estas debilidades en el manejo de las fuentes documentales y la ausencia de un verdadero trabajo de archivo y de fuentes primarias, la autora deja entender (nota 3, página 23) que existirían “buenas” y “malas” fuentes históricas cuando se trata de estudiar la historia de la inmigración japonesa en el Perú así como a su proceso de integración. No existen en historia, como en otras disciplinas sociales, “buenas y malas fuentes documentales”, todas las fuentes pueden ser consideradas y analizadas, por cierto críticamente, por los investigadores. No es riguroso ignorar archivos u otras fuentes cuando éstas no respaldan las hipótesis de partida o no satisfacen la autoestima de una parte de una comunidad. Las fuentes sesgadas pueden, si son debidamente analizadas, aportar elementos valiosos para el examen de un episodio histórico.

Al libro de Yamawaki le falta mucha madurez, está compuesto por un conjunto de contradicciones que sin duda reflejan una dificultad para tener una visión clara tanto del objeto de su investigación como de su propia ubicación frente a su tema. Privilegia una visión japonesa y muestra una falta de conocimiento de lo que fue la vida de los chinos en el Perú. Le ha faltado consultar y analizar los mismos archivos que tanto critica.

Referencias citadas

- CHOY, E., 1955 – *La esclavitud de los Chinos en el Perú*; Lima: Tarea.
- FUKUMOTO, M., 1997 – *Hacia un nuevo sol: japoneses y sus descendientes, Historia, cultura e identidad*, 602p.; Lima: Asociación japonesa del Perú.
- GONZÁLES, M., 1985 – *Agriculture and Social Control in Northern Peru, 1875-1933*; Austin.
- LAUSENT, I., 1995 – *Les Chinois du Pérou: Publications et recherches péruviennes (1974-1994)*. *Revue Bibliographique de Sinologie*, Vol. XIII.
- MACERA, P., 1974 – *Las plantaciones azucareras en el Perú*. Trabajos de Historia, Tomo IV; Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- MAYER, D., 1924 – *La China silenciosa y elocuente*; Edición Renovación.
- MENDEZ, C., 1987 – *La otra historia del guano, Perú, 1840-1879*. *Revista Andina*, Año 5 N° 1: 7-46.
- MORIMOTO, A., 1979 – *Los Inmigrantes Japoneses en el Perú*, 103p.; UNA-TEA.
- PÉREZ DE LA RIVA, J., 2000 – *Los culíes chinos en Cuba*; La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- RODRÍGUEZ, H., 1979 – *La rebelión de los rostros pintados*, 145p.; CIEA-Instituto de Estudios Andinos.
- RODRÍGUEZ, H., 1989 – *Los hijos del Celeste Imperio en el Perú, 1850-1990: migración, agricultura mentalidad y explotación*, 315p.; Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- STEWART, W. & SÁNCHEZ, L. A., 1976 – *La servidumbre China en el Perú: una historia de los culíes chinos en el Perú, 1849-1874*, 182p.; Lima: Mosca Azul.

Isabelle LAUSENT-HERRERA